

"Nunca estuviste aquí"

Una obra para hacer visibles a los invisibles.

PEDRO DÍAZ DEL CASTILLO

ÍNDICE

- **Presentación**
- **Semblanza de Pedro Díaz**
- **Parte artística**
- **Motivaciones y Objetivos del libro**
- **Despedida**

Participantes: Textos de Pedro Díaz del Castillo, Antonio Polo González, Álvaro Muñoz Robledano, Rafael Pérez Castells, José Ángel Fernández Colón, Sebastián Fiorilli, Antonio Rómar, Jesús Urceloy, Daviorres y David Foronda.

Buenas tardes a todos.

Los inmigrantes, con su andar cansado y sus miradas llenas de preguntas, cargan además con la esperanza de un mañana diferente. Para los niños que cruzan fronteras de la mano de sus padres, el mundo es una mezcla de miedo y asombro. No entienden las palabras "frontera" ni "desarraigo", pero conocen el frío de la incertidumbre y el calor de un abrazo. Detrás de cada rostro joven hay una historia de resiliencia, una promesa que aún no ha sido rota. Este libro, bajo la poética de las imágenes y las palabras, no solo se acerca a esas historias de lucha y supervivencia, sino que también es un homenaje a los migrantes que, a pesar de la dureza del camino, siguen soñando con cielos más amables.

Estas palabras adquieren en estos momentos que vivimos un significado especial porque el fenómeno migratorio no solo transforma la vida de quienes parten, sino también de quienes los reciben. Cada nueva llegada es un espejo que nos refleja como sociedad, obligándonos a preguntarnos cómo acogemos al "otro", al que viene de lejos con su cultura, su historia, y su esperanza a cuestas. Los inmigrantes, son los rostros visibles de una realidad que a menudo se intenta invisibilizar, como nos recuerda el activista chino Ai Weiwei: “Los problemas a los que se enfrentan no desaparecen simplemente porque el mundo elija no verlos”. Y esto hace que se releguen sus historias al margen de nuestra mirada cotidiana. Sin embargo, ellos son parte fundamental del presente y futuro de nuestras comunidades.

En su vulnerabilidad, también traen una fuerza silenciosa que desafía fronteras, prejuicios y barreras sociales. La mirada de alguien que ha cruzado mares y desiertos no es solo la de alguien que huye, sino también la de quien busca un lugar para pertenecer, para crecer, para reír sin temor. Como sociedad, debemos aprender a hacer espacio para estas historias, a construir puentes en lugar de muros, y a reconocer en cada inmigrante una parte de nuestra humanidad compartida.

Este libro es, por lo tanto, un recordatorio de esa responsabilidad colectiva.

Conozco a Pedro Díaz desde hace más de treinta años. He compartido con él muchas horas. Hemos viajado por motivos profesionales, unas veces trabajábamos para sacar adelante los números y otras para sacar las letras. Lo hemos hecho por muchos países y hemos tenido la oportunidad de conocer a gentes de distintas culturas. Pero pocas personas como él, tienen la capacidad de extraer la belleza de cosas que a muchos de nosotros se nos ha vedado, una capacidad extraordinaria de ver aquello que se esconde, en definitiva, de hacer visibles a los invisibles.

Pedro siempre ha tenido una mirada distinta sobre el mundo. Donde otros solo veían una reunión más, él captaba los pequeños detalles: el gesto nervioso de alguien que no se atrevía a hablar, la expresión de una persona agotada por la rutina o el brillo fugaz en los ojos de alguien que soñaba con algo más grande. Pedro no solo se limita a observar, sino que tiene la habilidad de interpretar esas señales y traducirlas en gestos de empatía o en decisiones acertadas sobre el mundo que nos rodea.

Su forma de relacionarse con los demás es casi una danza: suave, respetuosa, pero siempre con una dirección clara. Sabe cuándo intervenir y cuándo quedarse en silencio, dejando que el espacio hable por sí mismo. A lo largo de los años, he aprendido mucho de él, no solo sobre cómo hacer negocios o cerrar tratos, sino sobre cómo valorar a las personas que conocíamos. Pedro Díaz ve a los demás como individuos completos, con historias, emociones y sueños, y eso lo convierte en una persona extraordinaria, en alguien que no solo trabaja para lograr metas, sino para conectar profundamente con el mundo que lo rodea.

Por eso imagino ahora aquella jornada —como habitualmente suele brindar el estío en el Norte— en la que mostraba a María Díaz De La Cebosa la necesidad de hacer visibles a los invisibles bajo la égida de un libro que en realidad es luz y abrazo. Lo imagino en la tarea de ir ordenando entre el “totum revolutum” de los números y las letras para hacerle un hueco a las imágenes. Me consta que así ha sido porque lo conozco de estos años y he percibido su entusiasmo en cada conversación y en la dedicación que pone en todo lo que hace. Su compromiso se refleja claramente en los resultados.

Conozco a todas y cada una de las personas que participan en este libro.

Hay quien ha percibido el mundo con una mirada profunda y reflexiva, como es el caso de Álvaro Muñoz que a través de sus palabras capta la fragilidad de la existencia y la desconexión entre lo que somos y lo que nos rodea.

Quien como Rafael P. Castells percibe el mundo como un lugar lleno de belleza, aunque a menudo sea difícil de apreciarla en medio del dolor y la necesidad, pero que Castells se aferra a ella como un refugio para seguir adelante.

Quien percibe el mundo con una mezcla de nostalgia y misterio, como José Ángel F. Colón, cuando los momentos cotidianos se impregnan de un simbolismo profundo. Un sueño efímero, un torbellino de energía descontrolada que se desvanece en un susurro de colores y sonidos.

Quien contempla el mundo con una mezcla de dolor y esperanza, como Sebastian Fiorilli cuando reconoce la inevitable finitud de la vida mientras busca sentido en la fragilidad de las emociones.

Quien ve el mundo como un viaje colectivo hacia lo desconocido, como Juan Manuel Navas, un destino compartido donde las experiencias humanas se entrelazan en gestos y posibilidades.

Quien como Jesús Urceloy percibe el mundo como un lugar de despedidas y silencios inevitables, donde las palabras y los gestos quedan incompletos, perdidos en la inmensidad del tiempo. Su visión está impregnada de una profunda melancolía por lo que se deja atrás, por los espacios vacíos que nunca se llenan.

Quien percibe el mundo que lo rodea como un espacio donde el pasado y el presente se entrelazan con dolorosa delicadeza como David Torres. Su visión está marcada por la nostalgia, un anhelo por aquello que nunca podrá recuperarse.

Quien como Antonio Rómar, en su visión del mundo los lugares son meras sombras reflejadas en el lenguaje y el viaje se convierte en un recorrido sin retorno, donde el tiempo pierde su relevancia.

Quien percibe el mundo a través de una lente de nostalgia y anhelo, como David Foronda, donde la penumbra simboliza la búsqueda de un ser querido perdido. Su visión se centra en la fragilidad de los recuerdos, y en cómo cada rincón del lugar evoca la ausencia de lo que fue.

Quien como Pedro Díaz retrata a Paul Nkabinde como un soñador que trae consigo el sol de África a los túneles fríos de Madrid, y que consigue transformar el entorno gris y opresivo en una sabana vibrante, llena de vida y esperanza.

Estas son las personas que conozco y que son responsables “también” de hacer “visibles a los invisibles”.

Tengo siempre en el centro de la idea de explotación a los niños.

Uno de los pasajes más representativos de la explotación infantil ocurre en la novela *Oliver Twist* cuando el personaje de Mr. Sowerberry, el empresario de pompas fúnebres, toma a Oliver bajo su tutela. Aquí, Dickens describe cómo Oliver, apenas un niño, es sometido a trabajos crueles y denigrantes:

"Oliver fue criado a golpes, patadas y amenazas. A menudo, Sowerberry lo utilizaba como un símbolo de la desolación infantil. Así, el muchacho, se convertía en una herramienta del sistema que explotaba la miseria de los más vulnerables".

Aunque este pasaje reflejara la brutalidad y deshumanización que sufrían los niños en el Londres victoriano, tenía lugar la Primera Revolución Industrial. Hoy, cuando apenas comenzamos la Cuarta Revolución, nos vemos en la necesidad de retirar los escombros y exhumar todos los cadáveres. Parece que no hemos aprendido nada a la luz de los acontecimientos. Sin embargo, la elección de la cita de Max Frisch que abre este libro es un ejemplo más de esa visión esperanzadora que Pedro Díaz tiene del mundo: “Queríamos brazos y llegaron personas”. Eso es lo que hay entre las páginas de esta obra: Personas.

Antonio Polo

5
Despedida

Ahora quisiera despedirme con los versos que escribí para esta obra:

La patria del emigrante está donde está el corazón,
donde está la ventana desde la que se contempla
y se soporta la vida con placer.

... Pero...

La patria no tiene dueño
ni Estado, ni pasaporte.
A veces la patria es un limón
y brilla para dejarnos ciegos.